

el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

LAS RAZONES DE NUESTRO ABSTENCIONISMO

Textos del partido - Octubre 2015 - 1

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del “socialismo en un solo país” y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase–, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo “lucharmatista”; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

**¡Lean, difundan, sostengan
la prensa internacional
del partido!
¡SUSCRÍBANSE!**

**Nuestro sitio de internet :
www.pcint.org**

« el programa comunista »
Revista teórica en lengua española - La copia: 3 € / 8 FS / £ 2 / 20 Krs. / America latina: US \$ 1,5 / USA et Cdn: US \$ 3 - Suscripción solidaria, la copia: 6 €, 16 FS, £ 4 / 40 Krs. / America latina: US \$ 3 / USA et Cdn: US \$ 6

« el proletario »
Periódico en lengua española - Copia : 1,5 €, 3 FS, 1,5£ - America latina: US\$ 1,5, USA e Cdn: US\$ 2.

« il comunista »
Periódico bimestral - La copia: 1 € / 5 FS / £ 1,5 - Suscripción: 6,5 € / 25 FS / £ 6 - Suscripción solidaria: 15 € / 50 FS / £ 12

« le prolétaire »
Periódico bimestral en lengua francesa - La copia: 1,5 € / 3 FS / £ 1,5 / 500 CFA - Suscripción (5 copias): 7,5 € / 30 FS / £ 10 / 1500 CFA - Suscripción solidaria: 15 € / 60 FS / £ 20 / 3000 CFA

« programme communiste »
Revista teórica en lengua francesa - La copia: 4 € / 8 FS / £ 3 / 1000 CFA / USA + Cdn US \$ 4 / America latina US \$ 2 - Suscripción solidaria para 4 copias: 40 €, 80 FS, £ 20, 8000 CFA, USA + Cdn US \$ 40, America latina US \$ 10

« proletarian »
Suplemento en lengua inglesa de «le prolétaire»
- La copia : 1,5 €, £ 1, 3 CHF, US\$ 1,5

Correo electrónico :
elprogramacomunista@pcint.org
ilcomunista@pcint.org
leproletaire@pcint.org
proletarian@pcint.org

CORRESPONDENCIA
Para España : Apdo. Correos 27023
28080 Madrid - ES
Para Italia : Il Comunista / C. P. 10835 /
20110 / Milano
Para Francia : Programme / BP 57428 /
69347 Lyon Cedex 07
Para Suiza : Editions Programme / Ch. de
la Roche 3 / 1020 Renens

Suplemento en español a la revista teórica
del Partido Comunista Internacional,
«programme communiste»
no ISSN-0033-037 X.
Acabado de imprimir en octubre de 2015

- SUMARIO -

Las razones de nuestro abstencionismo. Introduzione.	2
El parlamento y la lucha por los sóviets Carta circular del Comité Ejecutivo de la III Internacional Comunista, del 1 de septiembre de 1919	4
La Tercera Internacional y el Parlamentarismo De «Il Soviet», año III, nº11 del 11-4-1920; reproducida también en la «Historia de la Izquierda Comunista 1919-1920, cit., pp 525-527	7
La nueva época y el nuevo parlamentarismo Introducción de Trotsky a las Tesis sobre los partidos comunistas y el parlamentarismo, II Congreso de la IC 1920	9
Tesis sobre el Parlamentarismo Presentadas por la Fracción Comunista Abstencionista del Partido Socialista Italiano (II Congreso de la IC 1920)	10
Preparación revolucionaria o preparación electoral (De l'«Avanti!», 14/09/1919)	12
1921. Elecciones (A. Bordiga, «Il Comunista» del 14/04/1921)	13
Manifiesto del Partido Comunista de Italia para las elecciones políticas de 1921 (Manifiesto publicado en «Il Comunista» del 21 de abril de 1921)	14
El cadáver todavía camina De opúsculo «Sul filo del tempo», Partido Comunista Internacional, mayo de 1953	16

Las razones de nuestro abstencionismo

- Introducción -

Este trabajo fue publicado en nuestro periódico para Italia, *Il Comunista*. Aquí continuamos la publicación de los materiales recogidos en un opúsculo de partido, en 1976, titulado precisamente *Las razones de nuestro abstencionismo*, a los cuales sumamos otros materiales para completar mejor el tema.

En aquel año hubo elecciones políticas en Italia que pusieron en evidencia dos elementos de un cierto significado: la confesión del PCI en lo que se refiere a su vocación de gobernar por cuenta de la clase dominante burguesa, y la ayuda electoral de la mayoría de los grupos llamados extraparlamentarios al PCI («para vencer a la DC», «para vencer a la derecha») o el acaparamiento de candidaturas y de puestecillos privilegiados, algunos justificando su propio «parlamentarismo» en las *Tesis sobre el «parlamentarismo revolucionario» de la Internacional Comunista de 1920*.

Estas tesis fueron escritas por Lenin y Bujarin, y respecto a ellas la Izquierda comunista italiana —en 1920, Fracción Comunista Abstencionista del PSI— concordaba plenamente en el principio del **antiparlamentarismo** (por esto se definían las tesis del **parlamentarismo revolucionario**), insistentemente reclamado tanto en las Tesis como en los discursos de introducción y de réplica de Lenin, Bujarin y Trotsky, pero disentaía acerca de la táctica parlamentaria que la Internacional pedía que fuese aplicada, también, en los países de larga tradición democrática y parlamentaria del occidente capitalista desarrollado. Aquí, la tradición socialdemócrata y reformista, en sustancia antirrevolucionaria, estaba muy extendida y esto volvía muy dura la formación de partidos comunistas marxistas. La primera guerra imperialista mundial reveló cuán profundo era el abismo entre los socialtraidores de la IIª Internacional y los elementos revolucionarios consecuentes, mientras el éxito de la revolución bolchevique en Rusia y la constitución de la nueva Internacional Comunista hacían las veces de catalizadores no sólo de muchos revolucionarios sinceros sino también de muchos oportunistas que intentaban reciclarse en los nuevos partidos comunistas, a los cuales no habían logrado impedir nacer.

La táctica propuesta por la Izquierda comunista italiana era la de preparación revolucionaria en antíte-

sis a la preparación electoral, táctica que fue llamada **abstencionismo**, es decir, la táctica del boicot de las elecciones para dedicar todas las fuerzas a la preparación de la revolución y de la insurrección para abatir al poder político burgués. Tal táctica no estaba, y no lo está tampoco hoy, confundida con el antiparlamentarismo típico de los anarquistas, quienes son antiparlamentarios porque son contrarios a cualquier forma de poder. Queda explicitado que el disenso sobre la táctica parlamentaria de la IC era entendido por la Izquierda comunista italiana como un disenso sobre la táctica y no sobre los principios, por lo cual no había motivo para «romper» con la IC. La disciplina que la Izquierda comunista italiana demostró al aplicar la táctica del parlamentarismo revolucionario votada por mayoría en el congreso de 1920 de la IC, no fue una disciplina tontamente burocrática, sino política. A través de ella se remachaba la adhesión a los principios de la revolución y de la dictadura proletaria como elementos de neta distinción entre comunistas y oportunistas en la lucha contra el poder burgués y sus métodos de gobierno, por lo tanto también contra la democracia burguesa y sus instituciones; identidad programática que podría prever que sobre una cuestión de táctica existiesen disensos, que serían en cualquier caso resueltos con la correcta aplicación y el correcto balance sucesivo. En aquel momento histórico en el cual se abrió un periodo favorablemente revolucionario, hubiese sido extremadamente contraproducente dividir las fuerzas revolucionarias en debates infinitos en lugar de usarlas en la preparación revolucionaria común. El otro aspecto del problema era el de ser disciplinados a una táctica única, centralizada, por el cual el método de la misma Izquierda comunista italiana luchó para que en las Condiciones de admisión de la Internacional Comunista estuviese evidenciado el vínculo a las resoluciones de los congresos de la IC de cualquier partido adherente (y, de hecho, la condición número 16 afirma que «Todas las resoluciones de los congresos de la Internacional comunista, como por ejemplo las resoluciones de su Comité ejecutivo, son vinculantes para todos los partidos pertenecientes a la Internacional misma») y fuese claramente declarado que todos aquellos que rechazaban las tesis y las con-

diciones de la IC fueran inmediatamente expulsados (como de hecho afirma la condición de admisión número 21).

No es por casualidad que el Partido Comunista de Italia, bajo la guía de la Izquierda comunista, fue el único partido de la IC en Europa occidental que aplicó la táctica del parlamentarismo revolucionario exactamente como era requerido por la Internacional, es decir, continuó colocando el mayor peso de sus fuerzas en la preparación revolucionaria y su movilización y el encuadramiento de las masas proletarias —comprendido el encuadramiento militar del partido para afrontar de la manera más eficaz los ataques de las escuadras fascistas— y condujo al mismo tiempo en el parlamento la obra de denuncia y de puesta en contradicción de las funciones mismas del parlamento burgués que la IC exigía en todo país de todo partido adherente. Son los exponentes del Partido Comunista de Italia, y Bordiga en particular, quien en la polémica con Bujarin sostuvieron que habían aplicado disciplinada y concienzudamente la táctica del parlamentarismo revolucionario querida por la IC, pero auguraban, al mismo tiempo, que la IC no debería extraer en seguida un balance del todo negativo para la revolución proletaria de esta experiencia.

Por otra parte, el mismo Bujarin, y los bolcheviques en general, contaban con el hecho de que la revolución proletaria en Europa habría resultado victoriosa con la conquista del poder en, al menos, uno de los países más avanzados (y los ojos miraban sobre todo a Alemania), y esto habría permitido superar, *al calor de la revolución*, todas las cuestiones ligadas a la utilización de los parlamentos burgueses, simplemente porque los parlamentos habrían sido destruidos y sustituidos por los soviets. Pero no fue así.

La historia sucesiva del movimiento comunista internacional, y del movimiento proletario mismo, ha demostrado ampliamente que la corrupción democrática, electoralista, parlamentaria ha tenido efectos devastadores sobre la lucha revolucionaria, en particular en los países europeos de vieja tradición democrática. No pensamos identificar con la táctica del parlamentarismo revolucionario de los años veinte del siglo pasado, en los países de capitalismo evolucionado, los golpes de la degeneración del movimiento comunista internacional, hasta la cesión completa a las adulaciones burguesas en el obscuro abrazo de la *unión sagrada* de la segunda masacre imperialista, de la cual la «resistencia antifascista» no fue sino una de sus consecuencias. Pero aquella táctica, acompañada de otras tácticas como la del «gobierno obrero», el «frente único político», en una situación en la cual el movimiento del proletariado revolucionario no lograba dar cuenta de las clases enemigas, contribuyó seguramente a la

degeneración de los partidos de la Internacional.

Es cierto que, ya en los años veinte era evidente para cualquier comunista que la lucha entre las clases se desarrollaba fuera de los parlamentos y no dentro de aquellas lujosas estancias, y es aún más evidente hoy que el parlamento burgués no solo es una impotente algarabía, sino que está a kilómetros de distancia de representar aún sólo mínimamente los verdaderos intereses de las diversas clases sociales. Las decisiones, ayer como hoy y mañana, la burguesía dominante no las toma en el parlamento, no se deja condicionar por los tiempos y los ritmos parlamentarios: las toma en reuniones organizadas ex profeso, en secreto y lejos de cualquier mirada. Los parlamentos, como cualquier otra institución democrática, sirven de caja de resonancia de la propaganda de la democracia con la que la clase dominante estupidiza a las masas proletarias y trata de paralizarlas no sólo en la lucha general contra el capitalismo, sino también en la lucha de defensa inmediata.

Como partido teníamos y tenemos la tarea de distinguir claramente respecto a otros reagrupamientos políticos que se definen «antiparlamentaristas», reclamando la posición exacta de la Izquierda comunista, en las polémicas sobre el parlamentarismo revolucionario de Lenin y Bujarin. El opúsculo de partido de 1976 sigue siendo uno de los instrumentos de propaganda de nuestras posiciones; por eso han sido recogidos los textos más significativos de aquella discusión lejana. Lejana, si se piensa que estábamos en 1920, pero cercanísima si pensamos que la cuestión «parlamentaria» aún hoy coloca en dificultades o en situaciones embarazosas a muchos elementos que se declaran comunistas revolucionarios.

Los textos que traducimos son documentos de la Internacional Comunista de 1919-1920 (*El parlamento y la lucha por los Sóviets; La Tercera Internacional y el parlamento; La introducción de Trotsky a las Tesis sobre los partidos comunistas y el parlamentarismo*; respecto al opúsculo de 1976, damos aquí la traducción en forma completa hecha en su momento por el partido de las *Tesis sobre los partidos comunistas y el parlamentarismo* aprobadas por el congreso de 1920 de la IC) y los textos de la Fracción Comunista Abstencionista del Partido Socialista Italiano de 1919-1920 y del Partido Comunista de Italia de 1921 (*La III Internacional y el parlamentarismo* —que añadimos respecto a los textos del opúsculo de 1976— *Tesis de la Fracción Abstencionista sobre el parlamentarismo*, presentadas al 2º congreso de la IC; *Preparación revolucionaria y preparación electoral; Manifiesto para las elecciones políticas de 1921*). Cierra esta serie de textos el artículo de Amadeo Bordiga de 1953 titulado *El cadáver todavía camina*.

El parlamento y la lucha por los sóviets

Carta circular del Comité Ejecutivo de la III Internacional Comunista, del 1 de septiembre de 1919

Queridos compañeros,

la fase actual del movimiento revolucionario pone entre otras cuestiones, de manera extremadamente imperiosa, la cuestión del parlamentarismo. En Francia, en América, en Inglaterra, en Alemania, contemporáneamente al desenvolverse de la lucha de clase todos los elementos revolucionarios, uniéndose y coordinando su acción bajo la consigna de poder de los sóviets, se adhieren al movimiento comunista. Los grupos anarcosindicalistas y los grupos que a su vez se llaman simplemente anárquicos, entran así en la corriente general. El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista saluda este hecho calurosamente.

En Francia, el grupo sindicalista del compañero Péricat forma el núcleo del partido comunista; en América y en parte en Inglaterra, la lucha por los sóviets es conducida por organizaciones como la IWW. Estos grupos y tendencias siempre han combatido activamente los métodos de lucha parlamentarios. Por otra parte, los elementos del partido comunista nacidos en el seno de los partidos socialistas están más inclinados a admitir las acciones en el parlamento (grupo Loriot en Francia, miembros del Partido Socialista Independiente en América y del Partido Laborista Independiente, etc.). Todas estas corrientes, que deben ser unidas a toda costa y lo antes posible en los cuadros del Partido Comunista tienen necesidad de una táctica unitaria. La cuestión debe ser resuelta de manera general y el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista se dirige a todos los partidos hermanos con esta carta expresamente consagrada a tal cuestión.

La plataforma común sobre la cual se debe unir es hoy el reconocimiento de la lucha por la dictadura del proletariado en la forma de poder de los sóviets. La historia ha puesto la cuestión de manera tal que precisamente sobre este argumento se ha trazado el insoslayable límite entre el partido revolucionario y los oportunistas, entre los comunistas y los socialtraidores de cualquier etiqueta. El llamado «Centro» (Kautsky en

Alemania, Longuet en Francia, el ILP y algunos elementos del Partido Socialista Británico en Inglaterra, Hilquitt en América) constituye, pese a todas las aseguraciones, una tendencia objetivamente antisocialista, porque no quiere y no puede conducir la lucha por la dictadura del proletariado. En su lugar, algunos grupos y partidos que, en el pasado, no admitían ninguna lucha política (por ejemplo, ciertos grupos anarquistas), reconociendo el poder de los sóviet, la dictadura del proletariado, han renunciado por ello a su esencia política y aceptan la idea de la toma del poder por parte de la clase obrera, que es necesaria para vencer la resistencia de la burguesía.

Tenemos por tanto, repetimos, una plataforma común: la de la lucha por la dictadura soviética.

Las viejas subdivisiones en el movimiento obrero se encuentran evidentemente superadas. La guerra ha producido un nuevo reagrupamiento. Numerosos anarquistas y sindicalistas, que negaban el parlamentarismo, se han comportado en los cinco años de guerra de manera completamente ignominiosa, y como los viejos jefes de la socialdemocracia oficial, que tienen continuamente en su boca el nombre de Marx. La unión de las fuerzas se realiza en base a una nueva línea divisoria: los que están a favor y en contra de la revolución proletaria, los sóviets, la dictadura, las acciones de masa hasta llegar a la insurrección armada. Y esta es la cuestión vital de nuestros días; este es el criterio esencial; este es el carácter distintivo en base al cual se formarán, y ya se forman, los nuevos reagrupamientos.

¿Qué relación existe entre el reconocimiento del principio de los sóviets y el parlamentarismo? Hace falta distinguir aquí netamente dos cuestiones que no tienen entre ellas ningún nexo lógico: la del parlamentarismo como forma deseable de ordenación estatal y la de la utilización del parlamentarismo con el fin de promover la revolución. Los compañeros confunden las dos cuestiones, cosa que tiene un efecto deletéreo so-

bre toda la lucha práctica. Examinemos una tras otra y saquemos las necesarias conclusiones.

¿Cuál es la forma de la dictadura del proletariado? Nosotros respondemos: los sóviets, una experiencia con carácter mundial lo ha demostrado. ¿Es conciliable el poder de los sóviets con el parlamentarismo? **No** y mil veces **no**. Es absolutamente incompatible con los parlamentos existentes, porque la máquina parlamentaria encarna el poder concentrado de la burguesía. Los diputados, las cámaras, sus periódicos, el sistema de corrupción, los lazos que unen a los parlamentarios con los jefes de la banca, sus relaciones con todos los aparatos del Estado burgués, son otras tantas cadenas en los pies de la clase obrera. Hace falta romperlas. La máquina estatal de la burguesía, por lo tanto también el parlamento burgués, debe ser enfrentada, dispersada, y aniquilada; y sobre sus ruinas se debe organizar un nuevo poder, el de las uniones obreras, de los «parlamentos» obreros, es decir, de los sóviets. Sólo los traidores de la clase obrera pueden intentar dar esperanzas a los proletarios acerca de una subversión social «pacífica», mediante reformas parlamentarias. Estos son los peores enemigos de la clase obrera y hace falta conducir contra ellos una lucha implacable: ningún compromiso es admisible con semejante banda. Nuestra consigna para cualquier país burgués es **¡Abajo el parlamento! ¡Viva el poder de los sóviets!**

Se puede preguntar: Si negáis el poder de los actuales parlamentos burgueses, ¿por qué no organizáis nuevos parlamentos, más democráticos, basados sobre un verdadero sufragio universal? Respondemos: durante la revolución socialista, la lucha es dura hasta el punto de que la clase obrera debe actuar con prontitud y decisión, sin admitir en su propio seno, en su propia organización de poder, a sus enemigos de clase. A esta exigencia, sólo el Sóviet de obreros, soldados, marinos, campesinos, elegidos en las fábricas, en los establecimientos, en las factorías, en los cuarteles, responde. Así, la cuestión de la forma del poder obrero, es clara. Hace falta, aquí y ahora, abatir el aparato de gobierno: rey, presidente, cámaras altas y bajas, asambleas constituyentes, todas estas instituciones son nuestros enemigos jurados que deben ser destruidos.

Pasamos ahora a la segunda cuestión fundamental: ¿se pueden utilizar los parlamentos burgueses con el fin de desarrollar la lucha revolucionaria de clase? Esta cuestión, como hemos observado ya, no tiene ningún nexo lógico con la primera. En efecto, se puede tender a destruir una organización entrando en ella, «utilizándola». También nuestros enemigos de clase lo comprenden perfectamente cuando se sirven para sus objetivos de los partidos socialdemócratas, de los sindicatos, etc. Tomemos el ejemplo extremo. Los comunistas rusos, los bolcheviques, participaron en las elecciones para la Asamblea Constituyente, entraron para disolver esta asamblea en 24 horas y realizar completamente el poder de los sóviets. El Partido Bolchevique tenía sus diputados también en la Duma de Estado

del Zar, ¿pero reconocía en esta Duma una ordenación ideal del Estado o al menos tolerable? Sería una locura creerlo. Mandaba a sus representantes para atacar también desde este sitio el aparato de gobierno zarista y para contribuir a la destrucción de la misma Duma. No por casualidad el gobierno zarista condenaba a los «parlamentarios» bolcheviques a trabajos forzados por «alta traición». Los jefes bolcheviques desarrollaban, aprovechándose aunque sólo fuese momentáneamente de su «inviolabilidad», una acción ilegal, organizando a las masas para el asalto al zarismo.

Pero una acción «parlamentaria» similar no se ha visto sólo en Rusia. Tomemos a Alemania y la actividad de Liebknecht. Nuestro compañero asesinado era un modelo de revolucionario: ¿había acaso algo no revolucionario en que él, desde la tribuna de la innoble Dieta prusiana, incitase a los soldados a la revuelta contra esta misma Dieta? Todo lo contrario. También aquí vemos cuanto hay de oportuno y de ventajoso en una posición similar. Si Liebknecht no hubiese sido diputado, nunca hubiera podido desarrollar tal actividad; sus discursos no hubieran tenido tal eco.

También el ejemplo del trabajo permanente de los comunistas suecos es convincente. En Suecia, el compañero Höglund ha desarrollado y desarrolla el mismo papel que Liebknecht en Alemania. Aprovechándose del puesto de diputado, contribuye a destruir el sistema parlamentario burgués: ninguno ha hecho tanto en Suecia por la causa de la revolución y de la lucha contra la guerra, como nuestro amigo. En Bulgaria asistimos a algo similar: los comunistas búlgaros han utilizado con éxito para fines revolucionarios la tribuna parlamentaria. En las últimas elecciones han obtenido 47 escaños. Los compañeros Blagojev, Kirkov, Kolarov y otros líderes del Partido Comunista Búlgaro saben explotar la tribuna parlamentaria para servir a la causa de la revolución proletaria. Tal trabajo «parlamentario» exige una audacia y un temperamento revolucionario excepcional. De hecho, aquí, los hombres se encuentran en un puesto de combate particularmente arriesgado. Colocan las minas en el mismo campo del enemigo de clase: van al parlamento no para recibir en sus propias manos este aparato, sino para ayudar a las masas fuera de sus muros a saltarlo por los aires.

¿Estamos por la conservación de los parlamentos «democráticos» burgueses como forma de administración estatal? **No, de ninguna manera**. Nosotros estamos por los sóviets.

¿Estamos por la utilización de estos parlamentos para nuestro trabajo comunista, mientras no tengamos aún la fuerza de abatirlos? **Sí**, pero observando toda una serie de condiciones.

Sabemos perfectamente cómo ni en Francia, ni en América, ni en Inglaterra hay aún entre los obreros parlamentarios similares. El espectáculo que observamos hasta ahora es el de la traición. Pero esto no prueba que la táctica que creemos justa esté perdida. El hecho es que en estos países no ha existido un partido revolucionario del tipo de los bolcheviques rusos y de

El parlamento y la lucha por los sóviets

los espartaquistas alemanes. Si un tal partido existe, todo puede cambiar. En particular es necesario: 1) que el centro de gravedad de la lucha esté fuera del parlamento (huelgas, insurrecciones y otras formas de lucha de masas) 2) que las intervenciones en el parlamento se coliguen a esta lucha 3) que los diputados desarrollen también un trabajo ilegal 4) que actúen bajo el mandato del comité central del Partido y subordinándose a este 5) que en sus intervenciones no se preocupen de las formas parlamentarias (no teman enfrentamientos directos con la mayoría burguesa, hablen «por encima de su cabeza»).

Si, en un momento dado, se debe participar en las elecciones durante una determinada campaña electoral, esto depende de toda una serie de condiciones concretas, que deben estudiarse de manera particular país por país y situación por situación. Los bolcheviques rusos estuvieron por el boicot a las elecciones de la primera Duma en 1906. Seis meses después, estuvieron por la participación en las elecciones de la segunda duma, habiendo apreciado claramente que el poder burgués de los grandes poseedores de tierras todavía iba a durar mucho. Antes de las elecciones a la Asamblea Constituyente alemana de 1919, una fracción de los espartaquistas estaba por la participación, otra en contra. Pero el Partido Espartaquista se mantuvo como un partido comunista único.

Nosotros **no** podemos renunciar por principio a la explotación del parlamento. En la primavera de 1918 el Partido Bolchevique, cuando ya estaba en el poder en Rusia, declaró en una resolución especial de su VIIº Congreso que, si en determinadas circunstancias, la democracia burguesa hubiese retomado fuerzas, los comunistas podrían encontrarse constreñidos a volver a servirse del parlamentarismo burgués. No se podía, a este respecto, atarse las manos.

Lo que queremos subrayar es que la verdadera solución del problema se encuentra, en todos los casos,

fuera del parlamento, en la calle. Está claro que la huelga y la insurrección son los métodos sólidos de la lucha decisiva entre Trabajo y Capital. Por ello los principales esfuerzos de los compañeros deben concentrarse en el trabajo de movilización de las masas: creación del Partido, formación de grupos comunistas en los sindicatos y conquista de estos, organización de los soviets en el curso de la lucha, dirección de la lucha de masas, agitación por la revolución entre las masas. Todo esto en **primer plano**: la acción parlamentaria y la participación en las elecciones como simple **medio subsidiario y nada más.**

Si las cosas están en estos términos, y no hay dudas de que están en estos términos, es obvio que escindirse por divergencias de ideas limitadas a esta secundaria cuestión no tiene sentido. La praxis de la prostitución parlamentaria es tan disgustante que incluso los mejores compañeros tienen prejuicios en esta materia. Hace falta superarlos, y se superarán, en el curso de la lucha revolucionaria. Nos dirigimos a todos los grupos y organizaciones que conducen una verdadera lucha por los sóviets, exhortándoles a la más estrecha unión pese a los eventuales desacuerdos en este campo.

Todos aquellos que están por el Soviet y la dictadura proletaria, deben unirse lo más rápidamente posible y formar un partido comunista único.

Saludos comunistas,
el presidente del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista
G. Zinoviev
1 de septiembre de 1919.

(extraído de «Die Kommunistische Internationale» nº5, septiembre de 1919; reproducida también en la «Historia de la Izquierda comunista 1919-1920», vol. 2, editada por el Partido en 1972, pp. 521-524)

La Tercera Internacional y el Parlamentarismo

(de «Il Soviet», año III, n°11 del 11-4-1920; reproducida también en la «Historia de la Izquierda Comunista 1919-1920, cit., pp 525-527)

La circular del C.E. de la Internacional Comunista firmada por Zinoviev y publicada en *Comunismo* n°8 y 9 nos fuerza a volver una vez más sobre la manida cuestión del parlamentarismo. De hecho la circular en sus primeras palabras manifiesta: «La actual fase del movimiento revolucionario ha colocado en el orden del día de la forma más áspera, entre otras cuestiones, la del parlamentarismo».

Valgan estas palabras como respuesta para aquellos que dicen que nosotros hemos hecho de esta una especie de íncubo, que solo nosotros damos a esta una importancia excesiva, mientras es una cuestión de táctica y no de programa, y por ello de carácter secundario.

Hemos dicho ya varias veces que para nosotros las cuestiones de táctica tienen un valor enorme, porque indican la acción que los partidos deben desarrollar; estos discuten las cuestiones de programa precisamente para obtener las directivas tácticas, de otra manera en vez de partidos políticos serían congregaciones de soñadores.

Entre los socialdemócratas y los comunistas lo que divide no es ya la finalidad lejana que ambos quieren lograr, sino precisamente la táctica, y la división es tan profunda que en Alemania y en otros lugares, entre las dos partes ha corrido no poca sangre. No se pretenderá sostener que esto sea secundario y de poca importancia.

Estamos de acuerdo en admitir que la cuestión del parlamentarismo es distinta en dos aspectos. Sobre la primera, sobre la necesidad de abatir el parlamentarismo para dar todo el poder a los sóviets, no debe haber desacuerdo entre los partidos, y por tanto entre los inscritos a ellos, adherentes de la IIIª Internacional, porque esto constituye el fundamento, la espina dorsal, de su programa. Decimos deber porque a este deber se sustrae el PSI del cual una notable parte sostiene evidentemente el concepto inverso y otra no menos notable no se ha dado cuenta en absoluto de la antíte-

sis profunda que hay entre parlamentarismo y poder soviético. Quizá por la conciencia de este hibridismo equívoco que existe en nuestro Partido los compañeros de la IIIª Internacional, mientras se dirigen a los otros partidos, no se ocupan del italiano. ¿Esperan quizá que esto saque del equívoco? ¡Que esperen sentados!

En lo que respecta a la segunda cuestión, que «los parlamentos burgueses pueden ser explotados con el fin del desarrollo de la lucha de clase», no parece exacto, según lo que afirma la circular, que no tenga ninguna relación con la primera cuestión.

Si se reconoce que existe una profunda antítesis entre la concepción parlamentaria y la soviética, hace falta reconocer que es necesario preparar espiritualmente a las masas para darse cuenta de esta antítesis, para familiarizarse con la idea de la necesidad de abatir el régimen parlamentario burgués y constituir los sóviets. Los partidos que mantienen este programa pueden eficazmente desarrollar su propaganda sólo a costa de no desvalorizarlo de la manera más absoluta con la acción, aceptando ellos mismos participar en las funciones de los parlamentos. Esto especialmente en los países en los cuales tal participación está valorizada por la costumbre y por el crédito que a tales órganos les ha sido dado precisamente por aquellos partidos que hoy quieren sostener al respecto un concepto opuesto.

Estos partidos han educado con persistencia a las masas para que den suprema importancia a los parlamentos, predicando que todo el poder estatal pertenece a estos y que, sólo si se llega a conquistar la mayoría, se es dueño absoluto del poder.

Con más razón una campaña electoral de contenido antiparlamentario no puede ser hecha, juntos, bajo la misma bandera, en nombre y con la disciplina del mismo partido, por aquellos que al menos de palabra demandan el abatimiento «desde dentro» del parlamentarismo burgués y aquellos que continúan considerándolo desde el punto de vista de la socialdemocracia.

La Tercera Internacional y el Parlamentarismo

Los ejemplos que Zinoviev aduce para sostener su tesis no son convincentes. Decir que los bolcheviques rusos habían participado en las elecciones de la constituyente para destrozarla 24 horas después, no es demostrar que se esté explotando en pro de la revolución el parlamentarismo burgués. Evidentemente los bolcheviques participaron en las elecciones porque en aquel momento no se sintieron con la fuerza suficiente como para impedir las elecciones de la constituyente, de otra manera lo hubieran hecho. Apenas tuvieron la conciencia de tener la suficiente fuerza, se decidieron a la acción. Esta fuerza no la pudieron conquistar en virtud de su participación en la lucha, ni siquiera pudieron conquistar por lo menos la conciencia, porque los resultados electorales no fueron, y afortunadamente no lo fueron, favorables para ellos. Quizá, si esto hubiese sucedido, la constituyente no hubiera podido ser abatida.

Para demostrar la inutilidad de la constituyente y de cualquier parlamento, o mejor, para demostrar la utilidad de abatirlos, nosotros aceptamos que pueda intervenir en las luchas electorales, pero solamente en sentido negativo, es decir, sin candidatos. Sólo así puede tener eficacia real para las masas la demostración del antiparlamentarismo, porque este es coherente en la teoría y en la práctica, no contradictoria como aquella que puede ser hecha por aquella remozada sirena, el aspirante parlamentario antiparlamentarista.

No tiene valor recordar que los bolcheviques participaron en la Duma zarista antes de la guerra, en unas condiciones históricas profundamente diferentes, cuando la posibilidad de un próximo abatimiento del régimen burgués no era ni mucho menos un sueño; ni es exacto decir que la cualidad de parlamentario haya servido a la obra revolucionaria de Liebknecht durante la guerra, cuando esta cualidad no hizo otra cosa que obligarlo a un primer voto forzado favorable a los créditos militares. A su lado, y junto a él, no pocos otros mártires afrontaron la misma lucha, la cual se desarrolló toda ella fuera del parlamento, donde no fue ni siquiera permitido hablar.

El argumento de la relativa inmunidad que puede dar el privilegio parlamentario a quien lo pueda disfrutar no puede pesar en la mente de quien siente en sí la

profunda fe de dedicarse a la causa de la revolución, que exige espíritu de sacrificio ilimitado. Por otra parte, cuando el diputado cumple una verdadera obra revolucionaria y peligrosa, pierde su gracia, como probó el mismo Liebknecht, como los diputados de la Duma zarista o del parlamento búlgaro, etc. En cuanto a las minas que los diputados comunistas ponen contra el enemigo mientras se encuentran en su campo, y que son sus votos, sus discursos, sus proyectos de ley, órdenes del día, quizá gritos, puños y demás, no hay nada que temer: con ellos, todo lo más, se hará saltar por los aires... un ministerio.

El C.E. de la IIIª Internacional, manteniendo que los antiparlamentarios son sindicalistas y anarquistas, se preocupa de incluir a estos en el Partido Comunista, para contrarrestar en cierto modo a los provenientes de los partidos socialistas, más dispuestos a la acción parlamentaria que a la ilegal, por la que se inclinan más que los otros. Por eso, mientras insiste en declarar que la verdadera solución está fuera del parlamento, en la calle, aconseja a aquellos la acción parlamentaria y a todos la unión, para que no se debiliten las fuerzas revolucionarias, y demuestra así querer retener a estas de manera más eficaz y decidida que aquellas.

Sin repetir otra vez cuán diverso es nuestro antiparlamentarismo del de los sindicalistas y los anarquistas, nosotros concluimos que mantenemos, en perfecto acuerdo con el CE de la Tercera Internacional, que la cuestión del parlamentarismo debe ser definida de manera general. Si el CE cree haberla resuelto con su circular, nosotros sostenemos que no podemos aceptar su resolución que no resuelve nada, sino que deja las cosas tal cual están con todas sus nocivas consecuencias. La cuestión se tratará en el próximo congreso de la Tercera Internacional, de manera que todos los partidos adherentes a ella la adopten y la practiquen a sabiendas y disciplinadamente.

Habrán de conocer los que vayan al congreso todas las razones que aconsejan, a nuestro parecer, a la Tercera Internacional adoptar en relación al parlamentarismo la táctica abstencionista que nosotros sostenemos.

**Introducción de Trotsky a las
Tesis sobre los partidos comunistas y el parlamentarismo,
II Congreso de la IC 1920**

**LA NUEVA ÉPOCA
Y EL NUEVO PARLAMENTARISMO**

La actitud de los partidos socialistas con respecto al parlamentarismo consistía en un comienzo, en la época de la Iª Internacional, en utilizar los parlamentos burgueses para la agitación. Se consideraba la participación en la acción parlamentaria desde el punto de vista del desarrollo de la conciencia de clase, es decir del despertar de la hostilidad de las clases proletarias contra las clases dirigentes. Esta actitud se modificó no por la influencia de una teoría sino por la del progreso político.

A consecuencia del incesante aumento de las fuerzas productivas y de la ampliación del dominio de la explotación capitalista, el capitalismo, y con él los estados parlamentarios, adquirieron una mayor estabilidad. De allí la adaptación de la táctica parlamentaria de los partidos socialistas a la acción legislativa «orgánica» de los parlamentos burgueses y la importancia, siempre creciente, de la lucha por la introducción de reformas dentro de los marcos del capitalismo, el predominio del programa mínimo de los partidos socialistas, la transformación del programa máximo en una plataforma destinada a las discusiones sobre un lejano «objetivo final». Sobre esta base se desarrolló el arribismo parlamentario, la corrupción, la traición abierta o solapada de los intereses primordiales de la clase obrera.

La actitud de la IIIª Internacional con respecto al parlamentarismo no está determinada por una nueva doctrina sino por la modificación del papel del propio parlamentarismo. En la época precedente, el parlamento, instrumento del capitalismo en vías de desarrollo, trabajó en un cierto sentido, por el progreso histórico. Bajo las condiciones actuales, caracterizadas por el desencadenamiento del imperialismo, el parlamento se ha convertido en un instrumento de la mentira, del fraude, de la violencia, de la destrucción, de los actos de bandolerismo. Obras del imperialismo, las reformas parlamentarias, desprovistas de espíritu de continuidad y de estabilidad y concebidas sin un plan de conjunto, han perdido toda importancia práctica para las masas trabajadoras.

El parlamentarismo, así como toda la sociedad burguesa, ha perdido su estabilidad. La transición del período orgánico al período crítico crea una nueva base para la táctica del proletariado en el dominio parlamentario. Así es como el partido obrero ruso (el partido bolchevique) determinó ya las bases del parlamentarismo revolucionario en una época anterior, al perder Rusia desde 1905 su equilibrio político y social y entrar desde ese momento en un período de tormentas y cambios violentos.

Cuando algunos socialistas que aspiran al comunismo afirman que en sus países aún no ha llegado la hora de

la revolución y se niegan a separarse de los oportunistas parlamentarios, consideran, en el fondo, consciente o inconscientemente, al período que se inicia como un período de estabilidad relativa de la sociedad imperialista y piensan, por esta razón, que una colaboración con los Turati y los Longuet puede lograr, sobre esa base, resultados prácticos en la lucha por las reformas.

El comunismo debe tomar como punto de partida el estudio teórico de nuestra época (apogeo del capitalismo, tendencias del imperialismo a su propia negación y a su propia destrucción, agudización continua de la guerra civil, etc.). Las formas de las relaciones políticas y de las agrupaciones pueden diferir en los diversos países, pero la esencia de las cosas sigue siendo la misma en todas partes: para nosotros se trata de la preparación inmediata, política y técnica, de la sublevación proletaria que debe destruir el poder burgués y establecer el nuevo poder proletario. Para los comunistas, el parlamento no puede ser actualmente, en ningún caso, el teatro de una lucha por reformas y por el mejoramiento de la situación de la clase obrera, como sucedió en ciertos momentos en la época anterior. El centro de gravedad de la vida política actual está definitivamente fuera del marco del parlamento. Por otra parte, la burguesía está obligada, por sus relaciones con las masas trabajadoras y también a raíz de las relaciones complejas existentes en el seno de las clases burguesas, a hacer aprobar de diversas formas algunas de sus acciones por el parlamento, donde las camarillas se disputan el poder, ponen de manifiesto sus fuerzas y sus debilidades, se comprometen, etc.

Por eso el deber histórico inmediato de la clase obrera consiste en arrancar esos aparatos a las clases dirigentes, en romperlos, destruirlos y sustituirlos por los nuevos órganos del poder proletario. Por otra parte el estado mayor revolucionario de la clase obrera está, profundamente interesado en contar, en las instituciones parlamentarias de la burguesía, con exploradores que facilitarán su obra de destrucción. Inmediatamente se hace evidente la diferencia esencial entre la táctica de los comunistas que van al parlamento con fines revolucionarios y la del parlamentarismo socialista que comienza por reconocer la estabilidad relativa, la duración indefinida del régimen. El parlamentarismo socialista se plantea como tarea obtener reformas a cualquier precio. Está interesado en que cada conquista sea considerada por las masas como logros del parlamentarismo socialista (Turati, Longuet y Compañía).

El viejo parlamentarismo de adaptación es reemplazado por un nuevo parlamentarismo, que es una de las formas de destruir el parlamentarismo en general.

Tesis sobre el Parlamentarismo

Presentadas por la Fracción Comunista Abstencionista del Partido Socialista Italiano (II Congreso de la IC 1920)

1. - El parlamentarismo es la forma de representación política propia del régimen capitalista. La crítica de principio de los comunistas marxistas al parlamentarismo y a la democracia burguesa en general establece que el derecho de voto otorgado a todos los ciudadanos de todas las clases sociales en las elecciones a los órganos representativos estatales, no puede impedir ni que todo el aparato de gobierno del Estado constituya el comité de defensa de los intereses de la clase dominante capitalista, ni que el Estado se organice como el instrumento histórico de la lucha de la burguesía contra la revolución proletaria.

2. - Los comunistas niegan rotundamente la posibilidad de que la clase trabajadora alcance el poder a través de una mayoría parlamentaria, en lugar de conquistarlo con la lucha revolucionaria armada. La conquista del poder político por parte del proletariado, momento en el que se inicia la obra de construcción económica comunista, implica la supresión violenta e inmediata de los órganos democráticos, y la sustitución de éstos por los órganos del poder proletario: los consejos obreros. Así pues, al estar privada la clase de los explotadores de todo derecho político, se pondrá en práctica la dictadura del proletariado, es decir un sistema de gobierno y de representación de clase. La supresión del parlamentarismo es por tanto un fin histórico del movimiento comunista. Más aún, la primera forma de la sociedad burguesa que debe ser derrocada, antes aún que la propiedad capitalista, antes aún que la propia máquina burocrática y gubernamental, es precisamente la democracia representativa.

3. - Esto es igualmente válido para las instituciones municipales y de distrito de la burguesía, y es teóricamente falso contraponerlas a los órganos gubernamentales. De hecho, su aparato es idéntico al mecanismo estatal central burgués. Tales instituciones deben ser de igual forma destruidas por el proletariado revolucionario y sustituidas por los soviets locales de diputados obreros.

4. - Mientras que el aparato ejecutivo, militar y policiaco del Estado burgués organiza la acción directa contra la revolución proletaria, la democracia representativa constituye un medio de defensa indirecta, que actúa difundiendo entre las masas la ilu-

sión de que su emancipación puede lograrse mediante un proceso pacífico, y de que la forma del Estado proletario puede también tomar la forma parlamentaria, con derecho de participación para la minoría burguesa. El resultado de esta influencia democrática sobre las masas proletarias ha sido la corrupción del movimiento socialista de la IIª Internacional tanto en el campo de la teoría como en el de la acción.

5. - En el momento actual la tarea de los comunistas, en su obra de preparación ideológica y material de la revolución, es, antes que nada, la de liberar al proletariado de estas ilusiones y prejuicios, difundidos entre sus filas con la complicidad de los viejos líderes socialdemócratas, y que le desvían de su cometido en la historia. En los países en los que el régimen democrático existe ya desde hace mucho, y ha echado raíces profundas en los hábitos de las masas y en su mentalidad, y no menos que en la de los partidos socialistas tradicionales, esta tarea reviste una particular importancia y se presenta en primer plano en los problemas de la preparación revolucionaria.

6. - En los tiempos en los que en el movimiento internacional del proletariado la conquista del poder no se presentaba como una posibilidad próxima y no surgía el problema de la preparación directa para la dictadura proletaria, la participación en las elecciones y en la actividad parlamentaria todavía podía ofrecer posibilidades de propaganda, agitación y crítica. Por otro lado, en los países en los que una revolución burguesa está todavía en curso creando instituciones nuevas, la intervención de los comunistas en estos órganos representativos en formación puede ofrecer la posibilidad de influir en el desarrollo de los acontecimientos, para hacer que la revolución prosiga hasta la victoria del proletariado.

7. - La revolución rusa, como primera realización de la conquista del poder por parte del proletariado, y la constitución de la nueva Internacional en oposición al social-democratismo de los traidores, han abierto el periodo histórico actual, con las consecuencias que éste tiene para la organización social burguesa. En dicho periodo histórico y en los países en los que el régimen democrático ha completado su formación desde hace tiempo, no existe, en cambio,

ninguna posibilidad de utilizar para la labor revolucionaria de los comunistas la tribuna parlamentaria, y tanto la claridad en la propaganda como la eficacia en la preparación para la lucha final por la dictadura del proletariado, exigen que los comunistas movilicen a los trabajadores por el boicot a las elecciones.

8. - En estas condiciones históricas, al haberse convertido la conquista revolucionaria del poder en la cuestión principal, toda la actividad política del partido debe ser consagrada a este objetivo directo. Es necesario acabar con la mentira burguesa según la cual, todo enfrentamiento entre partidos políticos adversarios, toda lucha por el poder, debe llevarse a cabo en el marco del mecanismo democrático, a través de campañas electorales y debates parlamentarios; y esto no se podrá conseguir sin romper con el método tradicional de llamar a los obreros a las elecciones – en las cuales los proletarios son admitidos junto a los miembros de la clase burguesa – y sin abandonar el espectáculo de delegados del proletariado que actúan en el mismo terreno parlamentario que los delegados de sus explotadores.

9. - La práctica ultraparlamentaria de los partidos socialistas tradicionales ya ha difundido demasiado la peligrosa concepción de que toda acción política tenga que consistir en las luchas electorales y en la actividad parlamentaria. Por otra parte, la repulsa del proletariado hacia esta práctica de traición ha preparado el camino a errores sindicalistas y anárquicos, que niegan todo valor a la acción política y a la función del partido. Por eso, los Partidos Comunistas no obtendrán nunca un amplio seguimiento divulgando el método revolucionario marxista, si su trabajo directo por la dictadura del proletariado y los Consejos obreros no se asienta en el abandono de todo contacto con el engranaje de la democracia burguesa.

10. - La enorme importancia que se atribuye en la práctica a la campaña electoral y a sus resultados, el hecho de que, por un periodo bastante largo, el partido consagre a ésta todas sus fuerzas y sus recursos,

sean humanos, de prensa o de medios económicos, contribuye, cualquiera que sea el discurso en los mítines y las proclamas teóricas, por un lado, a reforzar la impresión de que se trate de la verdadera acción central para conseguir los fines del comunismo, y por otro lado, lleva al abandono casi completo del trabajo de organización y preparación revolucionaria, dando a la organización del partido un carácter técnico que de hecho contrasta con las exigencias del trabajo revolucionario tanto legal como ilegal.

11. - En los partidos que se han pasado a la IIIª Internacional por decisión mayoritaria, el hecho de seguir desarrollando la acción electoral impide la necesaria decantación de los elementos socialdemócratas, sin la eliminación de los cuales la Internacional Comunista faltaría a su cometido histórico y dejaría de ser el ejército disciplinado y homogéneo de la revolución mundial.

12. - La misma naturaleza de los debates que tienen por escenario el parlamento y los otros órganos democráticos, excluye toda posibilidad de pasar de la crítica de la política de los partidos adversarios a una propaganda contra el principio mismo del parlamentarismo, a una acción que traspase los límites del reglamento parlamentario; al igual que no es posible obtener el mandato que da derecho a la palabra si se rechaza el someterse a todas las formalidades establecidas por el procedimiento electoral.

El triunfo en los enfrentamientos parlamentarios siempre y solamente estará en función de la habilidad en el manejo del arma habitual de los principios en los que la institución se basa y las sutilezas del reglamento, al igual que el triunfo de la lucha electoral se decidirá siempre y solamente por el número de votos o escaños obtenidos. Cualquier esfuerzo de los partidos comunistas por dar un carácter distinto a la práctica del parlamentarismo no podrá impedir que fracasen las energías gastadas en este trabajo de Sísifo, y que la causa de la revolución comunista reclame sin demora en el terreno del ataque directo al régimen de la explotación capitalista.

Preparación revolucionaria o preparación electoral

Consideramos que hemos entrado en el período histórico revolucionario en el que el proletariado consigue el abatimiento del poder burgués. Ya que tal resultado ha sido conseguido en numerosos países de Europa. En los otros, los comunistas deben unir todos sus esfuerzos para alcanzar el mismo fin.

Los partidos comunistas deben, pues, consagrarse a la preparación revolucionaria, entrenando al proletariado no sólo para conquistar sino también para el ejercicio de la dictadura política y preocupándose para nuclear en el seno de la clase trabajadora los organismos aptos para la dirección de la sociedad.

Esta preparación debe llevarse a cabo en el campo programático, formando en las masas la conciencia del complejo proceso histórico a través del cual la era del capitalismo cederá el paso al comunismo. Y en el campo táctico con la formación de los Soviets provisionales preparados para asumir los poderes centrales y locales, y de movilizar todos los medios de lucha indispensables para abatir a la burguesía.

En el período consagrado a esta preparación, todos los esfuerzos del partido comunista están consagrados a crear el ambiente de la dictadura proletaria defendiendo con la propaganda, no solamente de palabra, sino sobre todo con los hechos, el principio cardinal de la dictadura, o sea, del gobierno de la sociedad por la clase obrera, y la supresión de toda intervención y derechos políticos para la minoría burguesa.

Si al mismo tiempo se quisiese adoptar la acción electoral tendente a enviar a los órganos electivos del sistema burgués representantes del proletariado y del partido, basados en la democracia representativa que es la antítesis histórica y política de la dictadura proletaria, se destruiría toda la eficacia de la preparación revolucionaria.

Incluso agitando el programa máximo en las reuniones electorales y en la tribuna parlamentaria, los discursos de los candidatos y de los diputados caerían de hecho en una contradicción al defender que el proletariado debe dirigir políticamente la sociedad sin la burguesía, y admitir de hecho que los representantes del proletariado y de la

burguesía, continúen encontrándose en igualdad de derechos en el seno de los poderes legislativos del Estado.

En la práctica, se malgastarían todas las energías morales, intelectuales, materiales y financieras en el torbellino de las contiendas electorales, y los hombres, los propagandistas, los organizadores, la prensa, todos los recursos del partido, ya muy insuficientes, serían desviados de la preparación revolucionaria.

Establecida la incompatibilidad teórica y práctica entre estas dos preparaciones, a nosotros nos parece que no se puede dudar en la elección, y que la intervención electoral lógicamente sólo puede ser admitida por aquellos que ni siquiera tienen la mínima esperanza en la posibilidad de la revolución.

La incompatibilidad de las dos formas de actividad no es una incompatibilidad momentánea, como para considerar admisible la sucesión de ambas formas de acción. La una y la otra presuponen largos períodos de preparación, y absorben toda la actividad del movimiento por mucho tiempo.

La preocupación de aquellos compañeros que ven la hipótesis de la propuesta de la abstención electoral sin que se haya alcanzado la finalidad revolucionaria, carece de bases. Aunque fuese un peligro en lugar de una ventaja quedarse sin representantes parlamentarios - como nosotros consideramos apoyándonos en una amplia experiencia - tal peligro no sería ni siquiera lejanamente parangonable al de comprometer e incluso retrasar solamente la preparación del proletariado para la conquista revolucionaria de la propia dictadura.

Por consiguiente, a menos que no se pueda probar que la acción electoral no es fatal para el entrenamiento revolucionario, no sólo con su enfoque histórico en teoría, sino también con sus conocidas degeneraciones prácticas, es necesario sin tardanza arrojar entre los hierros viejos el método electoral y sin más vuelta atrás concentrar todas nuestras fuerzas en la realización de los supremos objetivos máximos del socialismo.

(Del «Avanti!», 14/09/1919)

1921

Elecciones

Nosotros también esperábamos, y se comprende por qué, que no hubiesen tenido lugar. Pero a partir de ahora hay que abandonar toda esperanza. Las elecciones se harán. ¿Qué hará el partido comunista?

Poniendo a un lado todas las modalidades que los órganos competentes puedan establecer, convendría, según ciertos compañeros, plantear esta cuestión: ¿El PC debe, o no, participar en las elecciones? A mi entender, este problema no tiene razón de ser. Por razones bien claras de disciplina táctica internacional, el PC debe participar y participará en las elecciones.

No quiero decir que el problema de la táctica electoral haya sido resuelto definitivamente en el seno de la Internacional Comunista por las decisiones de su segundo Congreso. Creo incluso que nosotros, los abstencionistas hemos aumentado en muchos partidos comunistas occidentales. Y no está excluido que la cuestión vuelva de nuevo al orden del día del próximo 3er. Congreso. Si se produjese esto, defendería de nuevo las tesis que presenté en el Congreso del año último: para desarrollar mejor la propaganda comunista y la preparación revolucionaria en los países «democráticos» occidentales, los comunistas, en este período de crisis revolucionaria universal, deberían **NO** participar en las elecciones. Pero en tanto que están en vigor las tesis opuestas de Bujarin y Lenin, para la participación en las elecciones y en los parlamentos con directrices y finalidades antidemocráticas y antisocialdemócratas, es necesario participar sin discutir y procurar atenerse a estas reglas tácticas. El resultado de esta acción suministrará nuevos elementos para juzgar si nosotros los abstencionistas, estábamos equivocados o teníamos razón.

Ciertos compañeros abstencionistas -y aún algunos electoralistas- dicen: ¿Pero no se puede encontrar en las tesis de Moscú un pretexto que permita la abstención sin caer en la indisciplina? Ante todo, respondo a esto que el abstencionismo que nosotros intentamos hacer pasar por la puerta no debe entrar por la ventana, por medio de pretextos y subterfugios. Además, todas las circunstancias de esta campaña electoral tienden a hacer más claro el espíritu y la letra de las tesis de Moscú en favor de la participación.

Que los compañeros releen todos los argumentos de Lenin y de Bujarin y verán que corresponden mejor a momentos de reacción y de opresión de la libertad de movimiento del partido. Que releen los argumentos que he presentado y verán que se refieren sobre todo a situaciones de «democracia» y de libertad, lo que no quiere decir que yo juzgue estos argumentos como superados en las circunstancias actuales. Cuando Lenin decía «Nosotros hemos participado en la Duma más reaccionaria» le respondí que el verdadero peligro se encuentra en los parlamentos más liberales. Lenin está convencido de que un partido verdaderamente comunista puede y debe participar en el

Parlamento, pero admite, como yo, que en las condiciones de 1919 y con un partido no comunista, la participación tiene un carácter contrarrevolucionario.

Las dos tesis consideran el caso en que los partidos comunistas deberían boicotear el parlamento y las elecciones y se refieren a las situaciones «que permitan el paso inmediato a la lucha armada por la conquista del poder». Yo desearía que fuese así, pero este no es el caso hoy; no está excluido que la situación cambie mañana completamente; entonces no necesitaríamos mucho esfuerzo para hacer desaparecer junto a la barraca parlamentaria, los comités electorales que nuestro partido hubiese constituido.

Si hubiese aceptado las sugerencias de ciertos compañeros de Moscú, quizás hubiese podido obtener una «ampliación» de estas excepciones, quizás se las podría aplicar hoy, aunque nosotros nos encontremos, repito, en las condiciones específicas previstas por Lenin para una participación útil. Pero he preferido, por el contrario, presentar conclusiones netamente divergentes. Esto ha tenido la ventaja de darnos directrices claras y sólidas y desembarazarnos de la fastidiosa argumentación a lo Serrati sobre las «condiciones especiales». La centralización está en la base de nuestro método teórico y práctico: en tanto que marxista, soy primero centralista y después abstencionista.

Se ha procedido de un modo diferente para otras tesis. Se remendaron algunos puntos para satisfacer pequeñas oposiciones (más grandes, no obstante, que nuestro grupo de abstencionistas a toda costa). La conclusión en la aplicación de estas tesis que han abandonado un poco esta directriz teórica, es que no las consideran favorables para la eficacia y la seguridad de la acción revolucionaria.

Los abstencionistas fuimos los únicos que contrapusimos a las tesis propuestas por hombres cuya autoridad era y sigue siendo, justamente formidable, precisas conclusiones inversas. (Mientras que muchos críticos de última hora, que no supieron oponer nada a las conclusiones contra las que se han revelado después, guardaron silencio). Nosotros, abstencionistas, debemos igualmente dar el ejemplo de la disciplina, sin trapechar, sin tergiversar.

El Partido comunista no tiene, pues, ninguna razón de discutir para saber si debe participar en las elecciones. Debe participar. ¿Con qué modalidades? Esto será decidido a su debido tiempo. ¿Con qué objetivo? Es lo que dicen las tesis de Moscú, resumidas en estas pocas palabras: Romper el prejuicio parlamentario y aceptar, por consiguiente, si en lugar de los votos se quieren contar las palizas y cosas peores. Romper el prejuicio socialista y volver con inflexible intransigencia nuestras baterías contra el partido socialdemócrata.

Los abstencionistas están en su puesto.

(A. Bordiga, «*Il Comunista*» del 14/4/1921.)

Manifiesto del Partido Comunista de Italia para las elecciones políticas de 1921

¡PROLETARIOS!

El Partido Comunista de Italia entra en la lucha electoral para reafirmar, en las grandes masas del pueblo trabajador, las consignas de la Internacional Comunista y de la revolución mundial que la Historia ha hecho actuales y poderosas.

Un gran trabajo hay para realizar por la vanguardia proletaria, por los militantes más fieles y más dedicados de la clase obrera para reorganizar las filas de los revolucionarios, devolver la fe y la voluntad, restablecer las fuerzas necesarias a la defensa y al ataque.

El Partido comunista, inspirándose en las enseñanzas históricas de las revoluciones proletarias modernas y del cuerpo de doctrina elaborado por el IIº Congreso de la Internacional Comunista, está persuadido de que es necesario y útil servirse del período electoral para realizar estos fines. Hace un llamamiento a los mejores elementos del proletariado y de la clase campesina a fin de que movilicen bajo su bandera a todos aquellos que, en el caos y en la agonía del momento presente, han guardado la firmeza de carácter y la resolución de luchar sin descanso por el ideal de los oprimidos y de los explotados; que de la terrible descomposición de los ejércitos revolucionarios en Italia surjan los nuevos ejércitos de la reactivación; y que el Caporetto del maximalismo demagógico y miedoso sea seguido de un Vittorio Veneto de los proletarios.

Este gran trabajo debe ser y será realizado con valor, espíritu de sacrificio y de disciplina, sin que nos dejemos llevar por los éxitos inmediatos, ni abatir por las dificultades a afrontar. Será realizado con la serenidad y la perseverancia que deben ser lo propio del revolucionario comunista que aprecia el momento histórico a remontar, reconociendo la necesidad de la obra específica a emprender, forjando y consolidando un nuevo anillo de la cadena histórica que lleva a la emancipación de su clase y a la liberación de la humanidad.

¡CAMARADAS OBREROS!

Estas elecciones deben mostrar con exactitud hasta qué grado de conciencia política y de claridad en las ideas han llegado las grandes masas populares de Italia. Las elecciones de 1919 fueron el proceso de la clase dirigente, del personal político burgués, que en 1915 tenía en sus manos el destino del pueblo para despreciarlo, que pedía todos los sacrificios prometiendo bienestar y libertad y que mantuvo su promesa acumulando desastres, vergüenzas, miserias y tiranía. Las elecciones de 1921 deben ser el proceso del Partido Socialista, del personal político que

las clases populares eligieron en el Partido socialista, después de las desilusiones de la guerra, para hacerse representar en el Parlamento, para administrar los sindicatos, las cooperativas y los municipios.

A las promesas hechas durante la guerra por la burguesía corresponden las promesas hechas por el Partido socialista después del armisticio. A un fracaso corresponde otro fracaso. Las grandes masas populares habían confiado su suerte al nuevo personal dirigente; habían constituido un ejército inmenso para la lucha suprema; se mostraban listas a afrontar todos los peligros y todos los sufrimientos con tal de que se saliese del infierno capitalista y se comenzase, bajo la protección de un poderoso Estado proletario, a elaborar y a construir una nueva civilización sobre las bases del comunismo. Las incertidumbres, las vacilaciones y el miedo del Partido socialista han conducido al hundimiento de este ejército proletario. El Partido socialista ha aparecido con toda claridad, sobre todo después de la salida de sus filas de la minoría comunista, como un simple partido pequeñoburgués desprovisto de todo espíritu internacionalista, sin fe en la energía revolucionaria del proletariado, lleno de admiración por la democracia burguesa y por los recursos técnicos y políticos del Capital y de sus lacayos; se ha revelado incapaz de organizar a las masas no solamente para las victorias supremas de la revolución, sino incluso para defender y preservar sus conquistas y sus organizaciones de clase.

Todo obrero consciente del proceso histórico de las revoluciones proletarias debe persuadirse en lo sucesivo que su clase no podrá ir adelante en Italia más que pasando sobre el cadáver del Partido socialista; debe estar persuadido de que será imposible vencer a la burguesía si no se desembaraza primero el terreno de este cadáver en putrefacción que debilita y con frecuencia aniquila las energías proletarias, retrasando el despertar y la organización de las grandes masas populares. Sin vacilación, sin amargura de orden sentimental, seguro de realizar así una parte no despreciable de su misión histórica, el Partido comunista dirige su propaganda durante este período electoral, abriendo el fuego en dos frentes:

- contra el imperialismo capitalista incapaz de satisfacer las exigencias vitales de las masas proletarias más que con el plomo y la cachiporra de los guardias blancos.

- contra el Partido socialista que ha renegado de la Internacional Comunista antes que obligarse al duro deber de preparar la revolución, que no habiendo querido preparar sistemáticamente la clase obrera a la revolución, se encuentra hoy incapaz de contener todo asalto de la reacción y debe asistir, paralizado por el estupor y

el pánico, al incendio y a la destrucción de los edificios proletarios y a la masacre sistemática de los militantes revolucionarios.

¡PROLETARIOS COMUNISTAS!

La propaganda luminosa de los valerosos teóricos del comunismo internacional había preparado ya vuestros espíritus a los acontecimientos que vemos desarrollarse también en nuestro país. Por eso no estáis intimidados y jamás habéis pensado en remendar ni en corregir vuestra línea y vuestro programa. Estos acontecimientos mismos prueban bien cómo permanecen, se generalizan y se profundizan las premisas económicas y sociales para el advenimiento del Estado obrero. Si el Estado parlamentario no puede ya garantizar a ningún ciudadano las libertades fundamentales; si la arbitrariedad y la violencia vencen; si todo individuo puede substituir impunemente a la autoridad legal para detener, juzgar y condenar; si las poblaciones son torturadas y aterrorizadas; si la pena de muerte es restablecida de hecho en contra de los militantes obreros; todo esto significa que el control de las fuerzas productivas escapa completamente a los antiguos grupos dirigentes, que el orden establecido de las jerarquías sociales se rompe sin remedio y que el día no está lejano en que las capas populares más profundas se levantarán en un movimiento irresistible contra un régimen que no subsiste más que como excrescencia infecta de esta sociedad.

En adelante, es evidente que el capitalismo no puede ya reorganizarse ni restablecerse sobre sus bases esenciales más que sembrando la muerte y la barbarie entre las grandes masas populares. Es igualmente evidente que el desarrollo ulterior de la organización proletaria se ha hecho imposible en los marcos sindicales, cooperativos y municipales. Las ligas campesinas, diseminadas a través de un vasto territorio, no pueden resistir al asalto sistemático de las bandas armadas.

Los grandes sindicatos de obreros industriales caen en migajas, pues el lock-out y el paro desarticulan las antiguas formaciones, mientras que los despidos alejan de las fábricas y de las ciudades a los mejores elementos del proletariado y privan a las organizaciones de sus agentes y de sus lazos vivos con la masa. Los municipios dan la prueba flagrante de una de las tesis de la Internacional Comunista: cuando la lucha de clase alcanza su fase más aguda, todo duelo oratorio entre oprimidos y opresores se hace inútil y ridículo en las asambleas elegidas, e igualmente inevitable es la dominación de una sola clase: la burguesía o el proletariado.

En Italia, la burguesía expulsa por las armas a los representantes de los obreros en los municipios, obliga a las administraciones socialistas a dimitir y afirma su voluntad de monopolizar por la violencia los poderes locales. La burguesía misma enseña, pues, a las masas la vía a seguir para mantener su nivel de organización y para crear las condiciones de un desarrollo ulterior hasta la emancipación total: conquista de todos los poderes del Estado, dictadura de clase, uso de la fuerza armada del proletariado para aplastar el terrorismo burgués e imponer a la burguesía, presa de la descomposición y del desorden, el respeto de las leyes y la ley del trabajo productivo.

¡CAMARADAS OBREROS!

Existen todas las premisas económicas y sociales para la revolución proletaria y para la fundación del Estado obrero. Pero aún faltan las premisas espirituales: una neta orientación política de las grandes masas, una línea concreta para la acción, el reconocimiento por las grandes masas de un organismo político central que sepa lanzar consignas que resuenen en la conciencia universal del proletariado como imperativos ineluctables de la historia. Debéis trabajar activamente, camaradas, en este período en que se agitan las ideas y los programas, para hacer que se conozca al Partido comunista, para que viva y actúe en la conciencia de los proletarios, para destruir las leyendas y las calumnias que una prensa vendida difunde hábilmente a cuenta suya; debéis trabajar para que el Partido comunista se convierta en la potencia más grande de Italia, como la Internacional Comunista se ha convertido en la potencia más grande del mundo. Camaradas, con orgullo y fortaleza de ánimo debéis defender a vuestro partido y su programa; debéis transmitir a las masas vuestra confianza y vuestra convicción de que solamente la realización de este programa podrá salvar al pueblo trabajador de la barbarie y de la degeneración física y moral. ¡Sí! Es únicamente en el proletariado donde hay que buscar hoy el principio de orden susceptible de reorganizar las fuerzas productivas que el imperialismo capitalista ha dispersado y despilfarrado; es únicamente en la organización de los Soviets, propia de la civilización proletaria, donde puede ser ahogada la guerra atroz que desgarró a la sociedad; es únicamente en la Internacional Comunista, convertida en gobierno mundial de las fuerzas productivas y de las masas trabajadoras de todos los países, donde la humanidad puede reemprender su marcha unitaria hacia formas cada vez más altas de vida y de cultura. Camaradas, la fe inquebrantable que tenéis en el destino de vuestra clase y en la energía de la vanguardia proletaria para realizarlo, la difundiréis entre las masas desmoralizadas y desorientadas; vosotros reconstruiréis los ejércitos italianos de la revolución mundial y de la Internacional Comunista. Es a un trabajo revolucionario al que os llama el Partido comunista, un trabajo que debe ser realizado y que vosotros realizareis movilizándolo todas vuestras energías, concentrando toda la pasión y toda la voluntad de que son capaces los soldados fieles y dedicados a una gran causa.

¡OBREROS ITALIANOS!

La Internacional Comunista a la que llama vuestro entusiasmo, es el movimiento de vuestra reactivación y de vuestra emancipación. El Partido comunista debe convertirse por obra vuestra en el único partido político de la clase obrera italiana.

¡Viva el proletariado italiano definitivamente liberado de los oportunistas y de los renegados!

¡Viva la Internacional Comunista!

¡Viva la Revolución mundial!

EL COMITÉ CENTRAL

Manifiesto publicado en «Il Comunista» del 21 de abril de 1921.

El cadáver todavía camina

No es por sacrificar la actualidad al innoble Mayo que transcurre, y que tomó un lugar digno entre varios de sus predecesores consagrados a los transcurros de la «dura amazona» Libertad, reducida ya a vieja trotona, por lo que nos ocuparemos una vez más del tema: proletariado y electoralismo.

En efecto, sin dar importancia alguna al pronóstico o a los sondeos estadísticos de los resultados, aquí desde hace más de treinta años rechazamos también esta última afirmada utilidad del índice cuantitativo de las fuerzas sociales, y por tanto sin intentar el frío bosquejo o admirar la pálida fotografía en números actuales, del país italiano, enlazaremos en breves trazos las posiciones de un período histórico cuyas inmensas lecciones son inutilizadas en gran parte por el estado para observar a las masas que acuden - aunque con visibles y amplios reflujos de desconfianza y disgusto - a las urnas.

En 1892 en el Congreso de Génova se constituyó el Partido Socialista Italiano con la separación de los marxistas de los anarquistas. La polémica y la escisión reflejan de lejos la que puso fin a la Primera Internacional entre Marx y Bakunin, y como se dijo, entre autoritarios y libertarios. En un primer plano la cuestión se ve así: los marxistas están, en aquella época, por la participación en las elecciones de los organismos públicos administrativos y políticos, los libertarios están en contra. Pero el verdadero fondo de la cuestión es otro (ver los escritos de la época de Marx y de Engels sobre España, etc.). Se trata de rebatir la concepción revolucionaria individualista para la cual no se debe votar con el fin de «no reconocer» con ese acto al Estado de los burgueses, con la concepción histórica y dialéctica de que el Estado de clase es un hecho real y no un dogma que baste con cancelar, más o menos ociosamente, por la propia «conciencia», siendo históricamente destruido sólo por la revolución. Es éste por excelencia un hecho de fuerza (decía Engels ¿existe algo más autoritario que la revolución?) y no de persuasión (y aún menos de recuento de opiniones), de autoridad y no de libertad, que no será tan ingenua como para lanzar al vuelo a los individuos autónomos como a una jaula de pichones, sino que construirá la potencia y la fuerza de un nuevo Estado.

De manera que, en esta contienda entre aquellos que querían entrar en los parlamentos y aquellos que querían quedarse fuera (pero como corolario de errores mucho más graves incitando a los proletarios a negar el Estado de clase, el partido político de clase, y finalmente la organización sindical), eran los socialistas marxistas y no los anarquistas antielectoralistas y antiorganizadores los que negaban la burla burguesa de la libertad, base del engaño de la democracia electiva. La recta posición programática

era la de reivindicar no tanto la «conquista» formal «de los poderes públicos», sino la futura «conquista revolucionaria del poder político», y vanamente el ala derecha posibilista y reformista trató de encubrir la fórmula lanzada por Marx desde 1848: ¡Dictadura de la clase obrera!

La burguesía europea ampliamente avanzada en el campo de las reformas sociales y de seductoras invitaciones de colaboración a los dirigentes sindicales y parlamentarios de los obreros, entra en el circuito explosivo del imperialismo, y en 1914 estalla la primera guerra mundial. Una ola de extravío asalta a los socialistas y a los trabajadores, que incluso habían proclamado en la vigilia, en Stuttgart y Basilea, que se habría contrapuesto a la guerra la revolución social. Los traidores comienzan a medir la catastrófica situación que arrolla decenios de rosadas ilusiones, no con el metro del marxismo proletario, sino con el de la libertad burguesa, cuyos clamores más altos se elevan cada vez que la causa y la fuerza de nuestra revolución se arrodilla.

La existencia de Parlamentos y del derecho al voto es invocada como patrimonio asegurado al proletariado que debe defenderlo permitiendo que le encuadren y le armen en el ejército nacional: y así los trabajadores alemanes estarán persuadidos para hacerse matar para acabar con el peligro zarista, y los occidentales contra el espectro kaiserista. El Partido Socialista Italiano tuvo la ventaja de un lapso de tiempo para decidir antes de acceder a la unión nacional: rechazó decididamente cuando el Estado italiano habría debido seguir a los alemanes en alianza política, refugiándose en la fórmula de la neutralidad (insuficiente, como declaró el ala revolucionaria aún antes del mayo relampagueante de 1915) y supo luego resistir a la oposición cuando la burguesía bajó «al campo de la libertad» atacando a Austria.

En 1919 la guerra había acabado, con la victoria nacional y con la liberación de las ciudades «irredentas», pero después de un inmenso sacrificio de sangre y con el arrastramiento inevitable de convulsiones económicas y sociales: inflación, crisis de producción, crisis de la industria de guerra. Dos potentes resultados históricos son adquiridos y evidentes ante las masas y su partido. En el campo interno se ha visto la antítesis existente entre los postulados de democracia y nación, identificados con la guerra y con la masacre, y los postulados de clase y socialistas: los intervencionistas de todos los colores, desde los nacionalistas (luego fascistas) a los demomasones y republicanos, hayan o no hayan hecho la guerra, ansiosos de envolverse en la orgía de la victoria, enseguida enfriada por los azotes de los aliados imperialistas, son odiados justamente y escarnecidos por los trabajadores que los echan fuera de las plazas a las que van decididos

a la lucha. En el campo internacional la revolución bolchevique ha dado de hecho el polo opuesto a la teoría de la revolución demoburguesa y anarquista: entre tanto se puede llegar a la victoria, en cuanto nos liberemos radicalmente de errores, ilusiones y escrúpulos de democracia y libertad.

Y entonces se abre la incertidumbre ante el gran partido batido por los intervencionistas en mayo de 1915. Por la vía democrática es fácil obtener una poderosa revancha numérica. Mucho más dura es otra vía que se afronta fundando un partido revolucionario, eliminando a los socialdemócratas a la Turati, Modigliani y Troves, aunque salvados de la deshonra del socialpatriotismo, organizando la toma insurreccional del poder, que entre tanto se considera posible en toda Centroeuropa, en los territorios de los imperios derrotados.

En la situación de 1892 no existía antítesis entre la vía revolucionaria y la de la actividad electoral, no teniendo la primera otro lugar histórico más que el claro programa de partido, no la maniobra de acción.

Un grupo avanzado de los socialistas italianos en el Congreso de Bolonia sostuvo que en 1919 la antítesis estaba abierta. Tomar el camino de las elecciones equivalía a cerrar el camino a la revolución. La perplejidad de la burguesía era evidente, pues no quería, en su mayoría de entonces, prevenir la guerra civil con iniciativas de fuerza, y con Giolitti y Nitti invitaba a los obreros a entrar en las indefensas fábricas y a las 150 señorías del PSI a volcarse en Montecitorio (Parlamento italiano): ¡Aunque se cantase en ambos recintos Bandiera Rossa!

No fue posible frenar el entusiasmo por la campaña electoral, y hacer valer la previsión, históricamente confirmada, de que su efecto, sobre todo en cuanto afortunada, habría hecho perder todo lo ganado con la vigorosa campaña de desvergüenza de la «guerra democrática», con el entusiasmo con el que los trabajadores italianos, fuertemente alineados y solos en el frente de clase, habían acogido la toma del poder por los Soviets rusos y la dispersión de la Asamblea democrática nacida muerta.

Mussolini, que nos había traicionado en 1914, pasándose al frente opuesto con los autores de la intervención democrática e irredentista, autor - ¡Ojalá lo hubiese hecho antes! - de una iniciativa de fuerza de la burguesía nacional para sofocar a los órganos proletarios - fue ridiculizado en las elecciones, y la borrachera siguió su irresistible curso.

En 1920, echándose las bases del partido comunista en Italia dividido por los socialdemócratas, la Internacional de Moscú consideró que aquella antítesis entre elecciones e insurrección no existió, en el sentido de que los partidos comunistas sólidamente estables, más allá de la línea de división entre las dos Internacionales, pudiesen considerar aún útil el empleo de la acción en el Parlamento, para hacer saltar por los aires el Parlamento mismo, y por tal vía enterrar el parlamentarismo. La cuestión planteada demasiado genéricamente era difícil, y todos los comunistas italianos se sometieron a la decisión del II Congreso de Moscú (junio de 1920) estando clara la solución: en principio, todos contra el parlamentarismo; en táctica, no es necesario establecer ni la participación siempre y en todas partes, ni el boicot siempre y en todas partes.

Los pareceres de la mayoría significan muy poco ante los testimonios de la historia. Una tal decisión, y su aceptación general en Italia, no quitan nada a la recordada antítesis de 1919: elecciones con un partido híbrido de revolucionarios como mucho en lenta vía de orientación y de socialdemócratas bien decididos - o la ruptura del partido (octubre de 1919, era el momento; en enero de 1921 fue tarde) y preparación para la conquista del poder revolucionario. Es indiscutible que Lenin hizo poco bien parangonando la posición de los socialistas antibélicos en Italia, en la posguerra de un Estado desde hacía tiempo democrático, y victorioso, con la de los bolcheviques en Rusia en las Dumas zaristas durante las guerras perdidas. Pero no menos indiscutible es que Lenin vio a tiempo la antítesis histórica planteada por nosotros y confirmada en el futuro.

En el famoso libro sobre «El extremismo enfermedad infantil del comunismo» - en el que la tendencia de la izquierda no es despreciada como pueril, sino considerada como elemento de crecimiento del comunismo, contra el derechismo y el centrismo, elementos de senilidad y descomposición, que contra la desesperada lucha de Lenin y después de haberle roto el cerebro triunfaron- en aquel texto tan explotado por los maniáticos del método electoral, Lenin se expresaba así sobre la lucha en el partido italiano; son los únicos pasajes:

Nota del 27 abril de 1920: «He tenido muy pocas posibilidades de conocer el comunismo «de izquierda» en Italia. Indudablemente la fracción «de los comunistas boicoteadores» («comunistas abstencionistas» - en italiano en el texto) están equivocados, al propugnar la no participación en el parlamento pero me parece que en un punto tienen razón, por lo que se puede juzgar de dos números del periódico «II Soviet» (números 3 y 4 del 19 de enero y 1 de febrero de 1920)... Es decir, en sus ataques a Turati y a los que piensan como él, quienes permanecen en un partido que ha reconocido el poder de los Soviets y la dictadura del proletariado, y siguen siendo miembros del Parlamento y prosiguen su vieja y dañosísima política oportunista. Tolerando esto, el compañero Serrati y todo el Partido Socialista Italiano cometen un error, que amenaza con el mismo peligro y grave daño que en Hungría, donde los señores Turatis húngaros sabotearon desde su seno el Partido y el poder soviético. Esta falsa actitud, inconsecuente y falta de carácter hacia los diputados oportunistas, produce por una parte el comunismo «de izquierda», y por otra justifica hasta un cierto punto su existencia. Serrati se ha equivocado cuando acusa a Turati de «incoherencia», mientras que incoherente es precisamente el Partido Socialista Italiano, que tolera a parlamentarios oportunistas como Turati y compañía».

A continuación está el «Apéndice», con fecha 12 de mayo de 1920. «Los números anteriormente citados del periódico italiano «II Soviet» confirman plenamente lo que he dicho en este opúsculo sobre el Partido Socialista Italiano».

A continuación sigue la cita de una entrevista de Turati al «Manchester Guardian», que evoca disciplina en el trabajo, orden y prosperidad para Italia. «Seguro, el corresponsal del periódico inglés ha confirmado en el mejor modo, que los compañeros del periódico «II Soviet» tienen razón exigiendo que el Partido Socialista Italiano, si

El cadáver todavía camina

quiere estar realmente por la Tercera Internacional, expulsa de sus filas cubriéndoles de vergüenza, a los señores Turati y consortes y se convierta en un partido comunista, tanto por su nombre como por sus acciones».

Está claro pues que el problema principal es la eliminación de los socialpacifistas del partido del proletariado; cuestión secundaria es la de si éste deba o no participar en las elecciones, tanto en el pensamiento de entonces de Lenin como en los sucesivos debates y tesis sobre el parlamentarismo del II Congreso, de poco después.

Pero para nosotros hoy está también claro lo que defendimos entonces: que la única vía para conseguir el traspaso de las fuerzas al terreno revolucionario pasaba por un enorme esfuerzo para liquidar, nada más acabar la guerra, la tremenda sugestión democrática y electoralista, que demasiadas saturnales había celebrado ya.

La táctica deseada por Moscú fue seguida por el partido de Livorno, disciplinado e incluso comprometidamente. Pero desgraciadamente, la subordinación de la revolución a las corruptoras instancias de la democracia estaba ya en curso internacional y localmente, y el punto de encuentro leninista de los dos problemas, además de su peso relativo, se revelaron insostenibles. El parlamentarismo es como un engranaje que sí se agarra por una extremidad tritura inexorablemente. Su empleo en épocas «reaccionarias» defendido por Lenin era proponible; en épocas de posible ataque revolucionario es una maniobra en la que la contrarrevolución burguesa gana demasiado fácilmente la partida. En diversas situaciones y bajo mil épocas, la historia ha demostrado que no puede encontrarse mejor engaño y desviación contra la revolución que el electoralismo.

Desde la concesión a la táctica parlamentaria, con aplicación totalmente destructiva se deslizó poco a poco a posiciones que recordaban a las de los socialdemócratas. A estos, se les propusieron alianzas donde podían conducir a una mayoría de escaños, y ya que no tenía sentido valerse de este peso numérico sólo para realizar una oposición platónica y hacer caer a ministros, surgió la otra mal augurada fórmula del «gobierno obrero».

Estaba claro que se volvía hacia la concepción del Parlamento como vía para establecer el poder político de la clase obrera. Los hechos probaron que en la medida en que esta ilusión histórica resurgía, se volvía a descender de todas las posiciones antes conquistadas. De la destrucción del Parlamento con todos los otros engranajes del Estado por medio de la Insurrección, se había pasado a la utilización del Parlamento para acelerar la insurrección. Se recaía en la utilización del Parlamento como medio para llegar con la mayoría al poder de clase. El cuarto paso como estaba establecido claramente en las tesis que la Izquierda presentó en Moscú en 1920, 1922, 1924, 1926, fue el de pasar del parlamento como **medio** al parlamento como **fin**. Todas las mayorías parlamentarias tienen razón y son sagradas e inamovibles, aunque estén en contra del proletariado.

Turati mismo no lo hubiera dicho nunca; pero lo dicen a cada hora los «comunistas» actuales y lo inculcan muy profundamente entre las masas que les siguen.

Si recordamos estas etapas una vez más, es para establecer el estrecho lazo entre cada afirmación del electoralismo, parlamentarismo democracia y libertad

como una derrota, un paso atrás del potencial revolucionario de clase.

El retroceso tuvo su complemento sin necesidad de velos, cuando en situaciones de asalto mortal el poder del capital tomó la iniciativa de guerra civil contra los organismos proletarios. La situación se había invertido en gran parte por el trabajo de la burguesía liberal y de los socialistas democráticos y de la misma derecha unida en nuestras filas, como Lenin decía para Hungría. En Alemania fueron los partidos esbirros los carniceros de los comunistas revolucionarios, en Italia no sólo favorecieron las falsas retiradas de Nitti y Giolitti, sino que dieron paso a la preparación de las abiertas fuerzas fascistas, usando para tal efecto magistraturas, policía, ejército (Bonomi) para contraatacar cada vez que las fuerzas ilegales comunistas (solas y en pleno pacto de pacificación firmado por aquellos partidos) conseguían éxitos tácticos (Empoli, Prato, Sarzana, Foiano, Bari, Ancona, Parma, Trieste, etc.). Que en estos casos los fascistas, al no poder hacerlo solos, masacraron a los trabajadores y a nuestros compañeros con la ayuda de la fuerza del Estado constitucional y parlamentario, y que se quemasen periódicos y sedes rojas, no constituyó el máximo escándalo: este estalló cuando la tomaron con el parlamento y asesinaron, ahora ya «post festum», al diputado Mateotti.

El ciclo había concluido. Más no el parlamento por la causa del proletariado, sino el proletariado para la causa del parlamento.

Se invocó y proclamó el frente general de todos los partidos no fascistas por encima de las diversas ideologías y de las diversas bases de clase, con el único objetivo de unir todas las fuerzas para derrocar al fascismo, hacer resurgir la democracia, y **volver a abrir el parlamento**.

Otras veces hemos expuesto ya las etapas históricas: el Aventino, en el que participó la dirección de 1924 de nuestro partido, pero del que debió retirarse por la voluntad del partido mismo que sólo por disciplina había soportado las directrices que prevalecieron en Moscú, pero todavía conservaba intacto su precioso horror, nacido de miles de luchas, a toda alianza interclasista; luego la larga pausa y la ulterior marcha a la emigración, hasta la política de liberación nacional y la guerra partisana como hemos explicado otras veces, el uso de medios armados e insurreccionales nada quitaba el carácter de oportunismo y traición de una política tal. No seguiremos aquí toda la narración.

Desde antes del fascismo italiano y de la otra guerra teníamos bastantes argumentos para defender que en el occidente de Europa, jamás el partido proletario debía acceder a acciones políticas paralelas con la burguesía «de izquierda» o popular, de las que desde entonces se han visto las más impensadas ediciones: masones anticlericales primero, luego católicos democristianos y frailes de convento, republicanos y monárquicos, proteccionistas y librecambistas, centralistas y federalistas, etc.

En contra de nuestro método que considera todo movimiento «a la derecha» de la burguesía, en el sentido de arrancarles la máscara de las ostentadas garantías y concesiones, como una previsión verificada, una «victoria teórica» (Marx y Engels) y por lo tanto una ocasión revolucionaria útil, que un partido rectamente preparado debe

acoger no con luto sino con alegría; está el método opuesto para el que en cada una de aquellas curvas se desmoviliza el frente de clase y se corre para salvar, como precioso tesoro, todo lo que ha desmantelado y desdeñado la burguesía: democracia, libertad, constitución y parlamento.

Dejemos pues la polémica doctrinal, proponible sólo en las confrontaciones con los antimarxistas declarados, y veamos donde ha conducido aquel método rechazado por nosotros, ya que al mismo con el concurso de tantas fuerzas y de tantos cómplices, el proletariado, europeo e italiano, ha sido atado y clavado.

Resistencias nacionales, guerra de los Estados orientales y occidentales en el frente democrático, frenazo a los alemanes en Stalingrado, desembarco en Francia, caída de Mussolini y colgamiento por los pies, caída de Hitler. El correo de la democracia, al que los proletarios nada han negado: ¡sangre y carne, trama de clase de su atormentado movimiento de hace un siglo, está a salvo! Gracias sobre todo a los ejércitos de América, ella está a salvo para siempre: ¡Libertad, Democracia y constitución electiva! ¡Todo ha sido arriesgado y dado por ti, Parlamento, templo de la civilización moderna, y, cerrados los umbrales del templo de Jano, tenemos la alegría de volver a abrir los tuyos! Un poco anhelante la humana civilización vuelve a tomar su camino generoso y tolerante, se compromete a ahorcar a la gente sólo por el cuello, vuelve a consagrar la persona humana que por necesidad había sido material idóneo para hacer tortillas con las bombas liberadoras: si históricamente todos estos apologetas tenían razón, el peligro de la Dictadura ha terminado, y desde hoy hasta el fin de los siglos no veremos algo tan terrible como para pensar en estar sin diputados y de prescindir de las cámaras parlamentarios. De Yalta a Potsdam, de Washington a Moscú, de Londres a Berlín y a Roma todo esto sucedía en mayo -¡siempre en mayo! - de 1945, totalmente solar y seguro.

¡Oigamos pues lo que dicen los mismos sujetos, y los transmisores de los mismos centros, en este mayo de 1953, no tan lejano pues, pero «quantum mutatus ab illo!». Todo estaba a salvo entonces, con el acuerdo de todos. Ahora al oír a cada uno de ellos todo puede perderse **aún**, todo debe empezarse de nuevo.

¡Admitamos pues al menos, que en 1922-45 nos han arrastrado en un método idiota y hediendo!

Limitamos la demostración a las formaciones electorales italianas, previa aplicación de la máscara antigás.

Sustancialmente hay tres grupos en lucha, si dejamos aparte la tímida reaparición de los fascistas, que tenían todo el derecho a ser valorados, un hecho histórico cualificado como cualquier otro pero que con la papeleta en la mano en lugar del garrote representan la puerca figura de ser los más democráticos. Y efectivamente el democrático con más carácter en cada época es el que recita la parte de la víctima de las persecuciones de estado y las represalias de la policía. Libre apología del garrote, obteniéndose, ¡ahí va! con papelucho de voto. Son pues tres los grupos en los que se ha roto el frente antifascista y el bloque de liberación nacional - primer gobierno tras la caída de Mussolini. Tres grupos que se hermanaron en la recíproca certeza - y se dieron aval recíproco de que eran semejantes en la guerra santa, en la cruzada mundial contra las dictaduras. Ahora bien, escuchemos el juego de palabras

de los portavoces y de los periódicos, aunque sea en tres o cuatro choques, porque no se consigue resistir más. Cada uno de los tres sectores pide votos con un único argumento; los otros dos personalizan el «peligro de dictadura».

Según la parte monárquica, que rechaza la definición de derechas, y se afirma democrática y constitucional sobre las tradiciones gloriosas de la época giolittiana que no duda en hacer chistes anti-vaticano, está claro que los comunistas dirigirán el país, si vencen, con la dictadura roja y por tanto mandarán el parlamento a freír espárragos. Pero no menos virulentos son cuando tildan de engañosa, policiaca y reaccionaria, a la democracia cristiana que, con sus aliados menores dirige Italia de nuevo bajo el despotismo de clérigos con gorro frigio. Por lo tanto, también aquellos ven en De Gasperi una amenaza al parlamento, que será sustituido por el concilio de los obispos, sustituyendo las elecciones por la comunión en la plaza.

Según la izquierda comunistoide, no es necesario explicarlo, no sólo los monárquicos preparan, ni más ni menos que un nuevo fascismo y absolutismo, sino que el centro democristiano es un agente de la dictadura de América y al estar lleno de maldad es peor que la milicia de Benito. Lo que, en cuanto es verdad, ha sido posible sólo por gracia de la política de bloque antifascista y de liberación nacional que ha hecho acoger «military police» y policías nacionales con los brazos abiertos, y con el inmediato desarme sobre la orden de los «generales» de pasillo de las «brigadas» obreras, apenas expulsados los fascistas y las milicias republicanas.

Los democristianos y aliados, bombardeadísimos por las dos partes como personalizadores seguros del totalitarismo de mañana y del nuevo veintenio, y sobre todo envueltos en la acusación de traidores de la democracia con la enorme crueldad de la campaña sobre la ley fraude, se dicen nada menos que los salvadores de la amenazada Italia, libre de dos adversarios, y convergentes con el rechinar de dientes, ferocísimos totalitarismos: el neofascista por un lado, el comunista por otro, pintado con los trazos del pasado hitlerismo y mussolinismo, éste con las connotaciones actuales de soviétismo de Rusia ultraestatal y ultradespótico.

Así se ha desarrollado el ciclo. Punto de partida: leal alianza entre tres grupos igualmente fervientes amigos de la libertad para anular la Dictadura y la posibilidad de toda Dictadura. Muerte de la Dictadura Negra.

Punto de llegada: elección entre tres vías, cada una de las cuales conduce a una nueva dictadura más feroz que las otras. El elector que vota no hace más que elegir entre la Dictadura roja, la blanca y la azul.

Dos métodos se declaran aquí históricamente en banarrota, bajo todos los puntos de vista, pero sobre todo bajo el de la clase proletaria que es el que nos interesa a nosotros. El primer método es el del empleo de los medios legales, de la constitución y del parlamentarismo con un amplio bloque político con el fin de evitar la Dictadura. El segundo es el de conducir la misma cruzada y formar el mismo bloque sobre el terreno de la lucha con las armas, cuando la dictadura está gobernando, con el solo fin democrático. Los problemas históricos de hoy los resuelve no la legalidad sino la fuerza. No se vence la fuerza más

El cadáver todavía camina

que con mayor fuerza. No se destruye la dictadura más que con una dictadura más sólida.

Es decir muy poco, que esta puerca institución del parlamento no nos sirve a nosotros. Ya no le sirve a nadie.

Todas las alternativas alabadas y hechas por los tres frentes para asustar no tienen consistencia. Donde una de las fuerzas componentes prevaleciese, se escindiría enseguida y una gran parte de sus efectivos elegidos, pasaría al centro burgués atlántico y americano. Los monárquicos no son ningún misterio. Los llamados comunistas lo dicen menos abiertamente, pero sería la desembocadura inevitable de su eventual logro de mayoría que aparece imposible.

Poco cambiarán los efectivos de aquellos que se aterran «a otro banquete de cinco años» del que a los electores no les faltarán migajas.

Cuando la crisis Matteotti dijimos que se trataba de un movimiento sindical-corporativo de los diputados de profesión, que veían en peligro privilegios y prebendas y recurrían a la huelga.

Lo mismo decimos de la «histórica batalla» contra la «ley-fraude». La elección no sólo es de por sí un fraude sino que lo es tanto más cuanto más pretende dar paridad, en peso, a cada voto personal. Todo el guiso lo hacen en Italia unos pocos miles de cocineros, subcocineros y pinches, que aborregan en lotes y «a medida» a los veinte millones de electores.

¡Si el Parlamento sirviese para administrar técnicamente alguna cosa y no sólo para atontar a los ciudadanos, sobre cinco años de máxima vida no le dedicaría uno a las elecciones y otro a discutir la ley para su constitución! ¡Hechas las cuentas de las horas de vocinglería, se dedican más de dos quintos! ¡Esta sociedad desinflada no es más que un fin en sí misma, y los pueblos que se han hecho matar para volver a ponerla en pie, han sido estafados en más del veinte por ciento de su parcelita de soberanía! Ahora ya muchos votan en el otro mundo. Si los parlamentarios de todas las fracciones burguesas se ríen del principio democrático, no se ríen menos los falsos comunistas. Esto, no porque retornen mínimamente a posiciones de clase y de dictadura después de la bancarrota y del bloquismo por la libertad. Y efectivamente ellos recalcan el mismo camino, disimulando toda connotación de partido, y vuelven a edificar un bloque del sano pueblo italiano, de los iluminados y de los honestos, no sólo con la disminuida alternativa Nenni, que en el fondo promete lo que nosotros habíamos dicho: dadnos acceso al parlamento y gobernaremos con vosotros y como vosotros; pero suscitan todo un alineamiento de flanqueadores sosos, a los que la inexorable decrepitud y arteriosclerosis les ha impedido asociar los nombres más burgueses de la política: Bonomi, Croce, Orlando, Nitti, De Nicola, Labriola y similares...

Y están tan alineados pensando lejanamente en remontar el bajón, que no sólo son los más ardientes invocando legalidad y constitucionalidad, cuando reivindi-

can contra De Gasperi al que consideran «austriaco» (la burguesía austriaca puede enseñar como se administra sin robar, a la italiana) la tradición de mayo de 1915, de la guerra por la democracia y Trieste, sino que se desgañan para definirse más nacionalistas y patrioterros que nadie. No es sólo el coherente y respetable Turati el que podría volver con la cabeza alta, sino también el Mussolini de 1914, maestros de aquellos por haber sabido traicionar al proletariado con la democracia, y la democracia por la dictadura.

El enviado de un periódico londinense ha descrito una escena, a la que jura haber asistido con sus mortales ojos, muy sano de mente y libre de humos de drogas, en un valle del misterioso Tíbet.

En las noches de luna el rito reúne a personas, quizá millares, y los monjes vestidos de blanco, que se mueven lentamente, impasibles, rígidos entre largos llantos, pausas y reiteradas peticiones. Cuando forman un amplísimo círculo se ve algo en el centro: es el cuerpo de uno de sus compadres tendido boca arriba en el suelo. No está encantado o desmayado, está muerto; no sólo por la absoluta inmovilidad que la luz solar revela, sino porque el hedor a carne descompuesta, con un cambio de la dirección del viento llega hasta la nariz del aterrorizado europeo.

Después de dar vueltas y cantar ampliamente, y después de otras peticiones incomprensibles, uno de los sacerdotes abandona el círculo y se acerca a los restos mortales. Mientras continúa el canto incesante él se echa sobre el muerto, se tiende sobre él adhiriéndose a todo su cuerpo, y pone su boca viva sobre aquella que está en descomposición.

La petición continúa, intensa y vibrante y el sacerdote levanta el cadáver bajo las axilas, lo vuelve a levantar y lo mantiene ante sí en posición vertical. No cesa el rito y el llanto; los dos cuerpos comienzan una larga vuelta, como un lento paso de danza, y el vivo mira al muerto y le hace caminar frente a sí. El espectador extranjero mira con pupilas desmesuradamente abiertas; es el gran experimento de revivificación de la oculta doctrina asiática el que se pone en práctica. Los dos caminan continuamente en el círculo de los orates. En un lapso de tiempo no hay ninguna duda: en una de las curvas que describe la pareja, el rayo de la luna ha pasado entre los cuerpos que deambulan: el del vivo ha relajado los brazos y el otro, por sí sólo, se sostiene y se mueve. Bajo la fuerza del magnetismo colectivo, la fuerza vital de la boca sana ha penetrado en el cuerpo descompuesto, y el rito llega a su momento culminante: por momentos o durante horas el cadáver, rito puesto en pie, por su fuerza camina. Así de siniestramente, una vez más, la joven y generosa boca del proletariado potente y vital, se ha aplicado contra la putrefacta y maloliente del capitalismo, y le ha vuelto a dar con el estrecho e inhumano abrazo otro soplo de vida.

*De opúsculo «Sul filo del tempo»,
Partido Comunista Internacional., mayo de 1953.*

EL PROGRAMA DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

El Partido Comunista Internacional está constituido sobre la base de los principios siguientes establecidos en Liorna con la fundación del Partido Comunista de Italia (Sección de la Internacional Comunista):

1/ En el actual régimen social capitalista se desarrolla una contradicción siempre creciente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción dando lugar a la antítesis de intereses y a la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía.

2/ Las actuales relaciones de producción están protegidas por el poder del Estado burgués que, cualquiera que sea la forma del sistema representativo y el uso de la democracia electiva, constituye el órgano para la defensa de los intereses de la clase capitalista.

3/ El proletariado no puede romper ni modificar el sistema de las relaciones capitalistas de producción del que deriva su explotación sin la destrucción violenta del poder burgués.

4/ El partido de clase es el órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado. El Partido Comunista, reuniendo en su seno la fracción más avanzada y decidida del proletariado unifica los esfuerzos de las masas trabajadoras encauzándolas de las luchas por intereses parciales y por resultados contingentes a la lucha general por la emancipación revolucionaria del proletariado. El Partido tiene la tarea de difundir en las masas la teoría revolucionaria, de organizar los medios materiales de acción, de dirigir la clase trabajadora en el desarrollo de la lucha de clases, asegurando la continuidad histórica y la unidad internacional del movimiento.

5/ Después del derrocamiento del poder capitalista, el proletariado no podrá organizarse en clase dominante más que con la destrucción del viejo aparato estatal y la instauración de su propia dictadura privando de todo derecho y de toda función política a la clase burguesa y a sus individuos mientras sobrevivan socialmente, y basando los órganos del nuevo régimen únicamente sobre la clase productora. El Partido Comunista, cuya característica programática consiste en esta realización fundamental, representa, organiza y dirige unitariamente la dictadura proletaria. La necesaria defensa del Estado proletario contra todas las tentativas contrarrevolucionarias sólo podrá ser asegurada privando a la burguesía y a los partidos hostiles a la dictadura proletaria de todo medio de agitación y de propaganda política, y con la organización armada del proletariado para rechazar los ataques internos y externos.

6/ Sólo la fuerza del Estado proletario podrá ejecutar sistemáticamente las sucesivas medidas de intervención en las relaciones de la economía social, con las que se efectuará la substitución del sistema capitalista por la gestión colectiva de la producción y de la distribución.

7/ Como resultado, de esta transformación económica y de las consiguientes transformaciones de todas las actividades de la vida social, irá eliminándose la necesidad del Estado político, cuyo engranaje se reducirá progresivamente al de la administración racional de las actividades humanas.

* * *

La posición del partido frente a la situación del mundo capitalista y del movimiento obrero después de la segunda guerra mundial se basa sobre los puntos siguientes:

8/ En el curso de la primera mitad del siglo XX, el sistema social capitalista ha ido desarrollándose en el terreno económico con la introducción de los sindicatos patronales

con fines monopolísticos y las tentativas de controlar y dirigir la producción y los intercambios según planes centrales, hasta la gestión estatal de sectores enteros de la producción; en el terreno político con el aumento del potencial policial y militar del Estado y con el totalitarismo gubernamental. Todos estos no son nuevos tipos de organización con carácter de transición entre capitalismo y socialismo ni menos aún un retorno a regímenes políticos preburgueses; al contrario, son formas precisas de gestión aún más directa y exclusiva del poder y del Estado por parte de las fuerzas más desarrolladas del capital.

Este proceso excluye las interpretaciones pacifistas, evolucionistas y progresivas del devenir del régimen burgués y confirma la previsión de la concentración y de la disposición antagónica de las fuerzas de clase. Para que las energías revolucionarias del proletariado puedan reforzarse y concentrarse con potencial correspondiente a las fuerzas acrecentadas del enemigo de clase, el proletariado no debe reconocer como reivindicación suya ni como medio de agitación el retorno ilusorio al liberalismo democrático y la exigencia de garantías legales, y debe liquidar históricamente el método de las alianzas con fines transitorios del partido revolucionario de clase tanto con partidos burgueses y de clase media como con partidos pseudo-obreros y reformistas.

9/ Las guerras imperialistas mundiales demuestran que la crisis de disgregación del capitalismo es inevitable debido a que ha entrado en el período decisivo en que su expansión no exalta más el incremento de las fuerzas productivas, sino que condiciona su acumulación a una destrucción repetida y creciente. Estas guerras han acarreado crisis profundas y repetidas en la organización mundial de los trabajadores, habiendo las clases dominantes podido imponerles la solidaridad nacional y militar con uno u otro de los bandos beligerantes. La única alternativa histórica que se debe oponer a esta situación es volver a encender la lucha de clases al interior hasta llegar a la guerra civil en que las masas trabajadoras derroquen el poder de todos los Estados burgueses y de todas las coaliciones mundiales, con la reconstitución del partido comunista internacional como fuerza autónoma frente a los poderes políticos y militares organizados.

10/ El Estado proletario, en cuanto su aparato es un medio y un arma de lucha en un período histórico de transición, no extrae su fuerza organizativa de cánones constitucionales y de esquemas representativos. El máximo ejemplo histórico de su organización ha sido hasta hoy el de los Consejos de trabajadores que aparecieron en la Revolución Rusa de Octubre de 1917, en el período de la organización armada de la clase obrera bajo la única guía del Partido Bolchevique, de la conquista totalitaria del poder, de la disolución de la Asamblea Constituyente, de la lucha para rechazar los ataques exteriores de los gobiernos burgueses y para aplastar en el interior la rebelión de las clases derrocadas, de las clases medias y pequeño-burguesas, y de los partidos oportunistas, aliados infalibles de la contrarrevolución en sus fases decisivas.

11/ La defensa del régimen proletario contra los peligros de degeneración presentes en los posibles fracasos y repliegues de la obra de transformación económica y social, cuya realización integral no es concebible dentro de los límites de un solo país, no puede ser asegurada más que por la dictadura proletaria con la lucha unitaria internacional del proletariado de cada país contra la propia burguesía y su aparato estatal y militar, lucha sin tregua en cualquier situación de paz o de guerra, y mediante el control político y programático del Partido comunista mundial sobre los aparatos de los Estados en que la clase obrera ha conquistado el poder.

